

Trayecto

Pablo Bullejos

Km 0

Exterior de Londres. Pueblos recónditos y desconocidos de la península ibérica. Las afueras de Pekín...

Cualquier lugar del mundo. O, mejor, todos los lugares.

Una carretera.

Km 100

En el autobús silencioso, tumbado caóticamente en la última fila, un joven intenta dormir. Escucha la voz de las hadas y los suspiros de un piano con dos pequeños tapones incrustados en sus orejas.

El viaje será largo. La música lo tranquiliza, pero no lo duerme.

Abre los ojos, gruñendo. La chica sentada a su lado se remueve y se tapa con un jersey demasiado pequeño. El joven la mira sin ninguna expresión en sus ojos. Está tan cansado que no quiere pensar si es guapa o no. En ese momento su estómago lo distrae. Es el conocido sonido que nos recuerda que estamos empezando a morirnos de hambre.

Unas filas más adelante, un hombre grita con sigilo a su mujer que lo deje en paz y que tire a la basura la maldita bolsa de patatas fritas. Ella, mirándolo con asco y resignación, cierra la bolsa y la deposita en la papelera.

¡La ventana!...no había pensado en la ventana...

Km 120

Cuando me cansé del aburrido espectáculo de marionetas que se representaba en los asientos del autobús, me acordé de mirar el paisaje. Aparté la cortina y era de noche. *Todavía* era de noche. Hacía días que había salido de algún lugar para llegar a cualquier otro. El viaje se me estaba haciendo eterno. Por suerte, la música seguía en mis oídos y podía fantasear, inventar historias sin final, recordar mi vida, pensar en el futuro... Siempre que viajo en autobús (no recuerdo la última vez que me senté en un tren, y en avión no he hecho trayectos demasiado largos), observo los pasajeros con curiosidad y me doy cuenta del número de pensamientos que debe haber flotando en ese espacio cerrado, como los bocadillos en un cómic que se aprietan y se confunden.

Km 200

La chica de al lado se ha despertado. Al principio no se mueve, sólo abre los ojos y se queda mirando a un punto. Luego se incorpora, se estira y me mira. No sé si me apetece que me hable. Por una parte, puede ser una persona estupenda con la que disfrutar del viaje. Pero más probable es que sea la típica pesada que te habla del tiempo y te interroga sobre tu vida personal hasta que cierras los ojos con descaro para mostrarle que quieres estar solo. Mientras pensaba en todo esto, ella ya ha dejado de mirarme. Seguro que ha notado mi nerviosismo. O mis ojeras... Al menos me he librado de una conversación rutinaria.

- “Qué viaje más largo... ¿no?”

- “¿Qué? Eh...sí. Muy largo...—Contesto, mirándola a los ojos, que por cierto son verdes y muy bonitos.

Km 400

En la última fila de un autobús, dos jóvenes hablan animados. Las carcajadas despiertan a un hombre vestido de amarillo, que dormía con un sombrero a juego sobre sus ojos. Al principio, piensa en darse la vuelta enfadado y quejarse, pero entonces descubre que es de día, un día precioso. Además, cuando los sueños no son agradables es mejor estar despierto. En el exterior, el cielo mezcla sus colores con los de la tierra, campos de hierba y amapolas azulados, incendiados por un sol tranquilo que no quema.

El hombre deja su sombrero en el asiento vacío. Con cuidado, saca del pequeño maletín amarillo unas gafas de cristal grueso. Con una feliz sonrisa y unos ojos muy abiertos, se coloca las gafas. Al mirar de nuevo por la ventana, no puede evitar una sonrisa nerviosa, como un niño que ansía el caramelo que le ofrece su padre. Una anciana de la fila de atrás le dirige una mirada de desconfianza, que se acentúa al ver el ridículo aumento que producen las lupas en los ojos del insólito personaje.

El joven de la última fila, que llevaba observándolo un rato, compartiendo opiniones con su compañera, se asusta de pronto y agarra el brazo de la chica.

El hombre vestido de amarillo está mirando fijamente al sol con las gafas puestas, y se ríe estruendosamente dando palmas con entusiasmo.

Km 410

- ¡Mira Mamá! ¿De qué se ríe ese hombre?
- No lo sé. Pero no mires así a la gente, es de mala educación.
- ¿Has visto? ¡Tiene unos ojos muy grandes!
- ¡Siéntate bien que te vas a marear!

El hombre de amarillo dejó de reír. Se quitó las gafas. Cerró las cortinas. Cogió con una mano la maleta y con la otra se colocó el sombrero. Se levantó y se dirigió a hablar con el conductor. Unos momentos después, el autobús empezó a bajar la velocidad hasta quedarse completamente parado. La puerta trasera se abrió expulsando el aire comprimido, y el hombre se bajó lentamente a la carretera. La puerta se cerró y el autobús prosiguió su camino.

Km 420

Estamos mirando hacia atrás, ella y yo, con los hombros juntos y las rodillas sobre los asientos. El asfalto parece hervir bajo los pies del hombre amarillo que se aleja. La figura empieza a confundirse con la luz intensa del mediodía. Los viajes siempre llevan consigo un misterio, una sensación que no puedes explicar, un cuento sin final, un signo de interrogación en el aire... ¿Quién es ese tipo? ¿Cuál es su viaje? Sé que ella se hace las mismas preguntas, pero no hablamos. Sabemos que los misterios pierden la magia al ser desvelados.

El hombre ya casi ha desaparecido. Está parado en medio del camino. Noto la respiración agitada de ella, pero sigo mirando por la ventana. Unos segundos más y el hombre vestido de amarillo se ha convertido en el horizonte, sin dejar rastro.

Tengo la mano de ella enlazada a la mía.

Km 500

Mujer soltera de mediana edad. Le sobran algunos kilos. Lee un libro de aventuras. Hace mucho tiempo que dejó la universidad para coger un autobús y luego otro y desaparecer. Lo ha conseguido. Nadie la recuerda ya. Pasea por el mundo como una sombra, sin actuar, sin llamar la atención, vagando... Aunque adora las historias de piratas, y está acostumbrada a notar a veces un cosquilleo en el bajo vientre que la hace vibrar, sintiendo que ya es suficiente, que necesita gritar como si estuviera sola entre las estrellas y agarrar el timón con una sola mano y tomar el mando del barco. La sensación siempre se le pasa pellizcándose el muslo unos minutos.

En los libros que lee aún no existían los viajes automovilísticos, y para ella los autobuses son navíos camuflados. Intenta no dormirse mucho rato, por si pierde la oportunidad de cruzarse con una serpiente marina.

Esa noche ha vuelto a ser difícil. La memoria le trajo épocas felices de su vida, de una vida que ya debería haber sido olvidada. Está harta de abrir los ojos todas las mañanas (y muchas madrugadas) y ver grabadas en sus retinas las imágenes de una niña saltando la comba y nadando en el mar. Las imágenes de él abrazándola y soplándole suavemente en el cuello. Imágenes de una madre meciendo un niño en brazos, cantando casi sin abrir la boca, el sonido húmedo de los labios al juntarse. Su pasado es la fotografía de tantas sonrisas...

Cuando despertó, abrazada a su mochila, encogidas las piernas para no molestar a su compañero de asiento, un hombre con bigote que no ha dejado de dormir en todo el trayecto, la mujer tiene las mejillas mojadas de lágrimas. Avergonzada se limpia con las mangas del abrigo, mirando a los demás pasajeros, por si alguien la ha visto. La mayoría están viendo la película, una comedia romántica.

En la última fila una pareja se besa tímidamente, sin hacer ruido.

Km 520

- “No mires, pero hay una mujer que no nos quita los ojos de encima”.
- “Ya la he visto... No estamos molestando a nadie, ¿no?”
- “Sí, pero me da un poco de vergüenza”
- “Ya...te entiendo. No sé si decirle algo”
- “No, hombre... Ya se cansará”
- “Este...se ha levantado y viene hacia aquí”
- ...
- ...
- Hola. Os acabáis de conocer, ¿no?
- Sí.
- Felicidades. Sólo quería ser la primera en decíroslo.
- Eh...muchas gracias...
- ...
- ¿Cómo sabe que nos acabamos de conocer?
- Porque sois uno más de mis recuerdos...
- ¿Qué quiere decir?
- No sé si de verdad estáis ahí o es sólo uno de esos sueños que no puedes distinguir de la realidad. No quiero molestaros, aunque si sois mi sueño no importa si os molesto.
- No somos un sueño.
- Da igual. Estéis ahí o no, sois parte de mi vida, de mi vida pasada.

- A lo mejor nosotros le recordamos a alguien.
- No, pequeña. Vosotros *sois* el recuerdo de mi *propia* vida, que ahora tiene vuestras caras. Pero no voy a ser pesada. A ti, chico, no sé qué decirte, pero tú, mi niña, no te olvidarás de él nunca.
- Ah...
- Y ahora me voy a mi sitio. Si no me siento con estas curvas voy a acabar cayéndome. Pasadlo bien.
- Gracias...
- Sí... gracias. Adiós.

Km 530

Después de aquellas revelaciones, la chica y yo nos quedamos en silencio. No quería reírme. Tengo mucho interés por las personas inquietantes, y cuando se dirigen a mí con alguna de sus extravagancias, siempre me dejan pensativo. La mayoría se toman sus historias con humor y las cuentan en una cena familiar como “mi anécdota con un loco”. En mi caso, comencé a darle vueltas a la cabeza (sin decírselo a ella, claro, que estaba concentrada en saborearme), dudando de mi propia razón de ser una vez más. De hecho, no sabía muy bien qué hacía yo en ese autobús y el viaje perdía su sentido por momentos.

Ellas siempre se dan cuenta de las ausencias y me preguntó si estaba bien. Ya no recuerdo qué le respondí, pero al terminar de hablar nos dimos un abrazo.

Pasaron unas horas, alternando los besos con las palabras, y los altavoces del autobús hicieron un crujido. La voz del conductor nos anunció una parada de veinte minutos. La chica se levantó rápidamente para salir, pero la paré. Siempre espero a que todo el mundo haya salido para no quedarme de pie en el pasillo. Me contestó que le dolían las piernas y que necesitaba estirarlas, así que acepté y cogí la mochila. Al llegar a la salida, mientras ella bajaba del vehículo, metí con disimulo la mano en la papelería.

Stop

Al fin puedo caminar. Estaba tan cansada de estar sentada. El chico que he conocido en el autobús está devorando una bolsa de patatas que ha aparecido de pronto en sus manos. No le pregunto nada, ni siquiera tengo hambre. Pero necesito café. Lo llevo a empujones al interior del restaurante, *busca un sitio y pídemelo un cortado, por favor*, y continúo corriendo en busca de los servicios. Al llegar, la cola es, como siempre, desesperante. En un pasillo veo unas escaleras y ya estoy subiéndolas. Me cruzo con una mujer con una fregona que ni me mira. Arriba hay una puerta y al verla se me escapa una carcajada: *Privado*.

Cuando llego a la mesa, mi café calentito me espera. Beso, azúcar, cucharilla...

Stop

El autobús vacío. No hay coches a su alrededor. Parece un intruso en el colosal aparcamiento. El autobús está solo. Sus faros miran al suelo, tristes. Su sonrisa amable y distante, la amplia frente de cristal, las dos orejas metálicas que reflejan su cuerpo estático. Un autobús sin vida. Las puertas están cerradas.

Dentro, los asientos se enfrían.

Stop

trayecto. (Del francés *trajet*). Espacio que se recorre o puede recorrerse de un punto a otro. || **2.** Acción de recorrerlo.

Hay una diferencia entre las palabras *autobús* y *autocar*. Parece ser que la primera se usa normalmente para el transporte público y el servicio urbano, mientras que la segunda se refiere al vehículo concreto que transporta personas en largos recorridos por carretera. ¿Tú lo sabías? ¿Y por qué cuando vamos de viaje compramos un billete en la estación de *autobuses*?

Stop

“El autobús procedente de... con destino... va a efectuar su salida”

Km 610

“Voy a echar de menos todo esto”—piensa el conductor, que lleva por última vez su autobús. Durante años, ha recorrido el mismo trayecto, la ida y la vuelta, al menos tres veces a la semana. Pero ya es hora de dejarlo. Será difícil olvidar las líneas pintadas en la carretera, las curvas, señales y pequeñas casas que lindan con el asfalto. No tiene planes para su vejez. Suspira esperanzado y piensa que el mundo se moverá hacia donde deba. Sabe qué significa viajar y ha conocido muchos caminos. Ya no cree en el Destino. Para él, todo es un viaje donde o conduces o eres llevado. Está acostumbrado a conducir, y ahora le apetece un asiento de pasajeros.

Desde su adolescencia escribe pensamientos en libretas. Tiene una biblioteca entera llena de ideas, de frases sueltas, de anotaciones que en su mayoría sólo el entiende. Lo hace porque cuando era joven se descubrió muy parecido a un personaje de un libro italiano que escribía notas en un libro en blanco. La idea de no ser un ser humano real, sino una figura de ficción lo cautivó y desde entonces actúa como cree que haría su *alter ego* literario.

En el descanso del viaje se tomó un café con leche con un par de tostadas, mientras escribía dos nuevos textos:

- a) *Viajar consiste en desplazarse de un lugar a otro, pero en mi vida la salida y la meta se encontrarán en el mismo cruce de caminos.*
- b) *Adoro el sabor del pan horneado y crujiente con mantequilla empapado por un sorbo de café ardiendo. Me recuerda a la sensación de despertar en una cama cálida una mañana de invierno.*

Km 650

Se enciende de nuevo el pequeño monitor y la pareja de moda en Hollywood se pelea en su dormitorio porque él no entiende las necesidades de ella. La discusión sube de tono al bromear el chico con las pretensiones filosóficas de arreglarlo en la ducha. A ella no le hace gracia y se va dando un portazo. Al salir, todos los amigos y familiares de la pareja la esperan vestidos de fiesta y con una tarta de cumpleaños. Ella se lleva las manos a la boca y sonríe casi llorando...

Un rayo de sol ilumina la pantalla, dejándola completamente en blanco.

Km 700

El trayecto está llegando a su fin. Como mucho queda una hora... El niño está aburrido y mira a su madre, que atiende a la película con los auriculares puestos y un pañuelo en las manos. La ha visto llorar muchas veces, y ya no le hace preguntas. Tiene sed. Por un momento piensa en pedirle a mamá la botella de agua, pero sabe perfectamente donde está, así que hace el esfuerzo y la coge él mismo del bolso.

- “¿Me das un poquito?”—le pregunta una chica muy guapa que está sentada con un chico muy feo en la última fila.
- “Es que es de mi mamá” .
- “Pero es que tengo mucha sed”.
- “Vale. Toma...pero que él no beba”—los jóvenes se miran y se ríen.
- “Muchas gracias, a él no le doy, ¿eh?”—la chica bebe y el niño la mira sin moverse, los ojos brillando con ilusión, buscando algo...
- “¿Cómo te llamas?”—dice interrumpiendo el chico feo.
- “Soy un niño, idiota”

Al mirar a su lado, el joven vio a la chica, que seguía bebiendo, congelada. El autobús ya no hacía ruido y la carretera no se movía. El mundo había dejado de girar. El viaje se detuvo. El niño y el joven se observaban.

- “¿Quién eres?”
- “No lo sé, ¿Tú sabes quién eres?...”
- “¿Has venido a decirme algo?”
- “Ya ni te sorprendes de estas cosas, ¿no? El tiempo deja de correr y te quedas tan tranquilo...”
- “No estoy haciendo un viaje normal, así que me espero cualquier cosa.”
- “Pues vale. No tengo nada que decirte. Sólo quería que me vieras. En realidad, yo no quería venir, pero me obligaste”.
- “¿Y para qué debo verte?”
- “Para que descubras hacia dónde te diriges”.
- “¿Y ya tendría que haberlo descubierto? Porque sigo sin tener ni idea...”
- “Pues yo ya he cumplido con mi parte. Si después de verme no has pensado en nada, debes estar muy perdido”.
- “Eso mismo pensaba yo antes. ¿Estoy perdido? Ni siquiera sé por qué he hecho este viaje”.
- “Te repito que soy un niño. No me importan esas cosas. Además, si estás tan perdido, soy el último que puede ayudarte. Llama a un guardia”.
- “¿Y dices que he sido yo el que te he obligado a venir?”
- “Siempre me llaman. Si por mí fuera, los viajes serían en línea recta y nadie se desviaría del camino. Pero bueno, aquí estoy. Y ahora, si no puedes ver nada, si no sabes ya el destino de tu viaje, no puedo hacer nada. Me voy”.

Km 800

Hay un movimiento brusco y derramo el agua encima de los pantalones de mi novio de autobús. El niño se enfada, me quita la botella y se va corriendo a su asiento. Mientras seco con un pañuelo los asientos, me encuentro un poco mareada, y por la cara

de mi chico él también lo está. Me tumbo en su regazo y el calor me da sueño. Sé que queda poco para llegar, pero mis ojos se nublan y me pesa el cansancio.

Justo antes de dormirme, su cara se acerca a mí y noto su respiración en mi cuello, un susurro que no puedo comprender y un beso húmedo en la mejilla.

Final del trayecto

Llegarás, todo en silencio, besarás a la desconocida, dejándola dormir, sonriente y tranquila. Sujetarás el equipaje en tus hombros y en tus manos, con la mirada fija en el exterior. Bajarás ágilmente las escaleras del autobús, abandonándolo. En el cielo ya no habrá nubes. Un niño llorará agarrado al brazo de su madre. Los murmullos y los saludos de los recién llegados se mezclarán con el ruido del mundo real y las músicas callejeras latirán al compás de los pasos de los peatones. Dejará de soplar el viento, aunque seguirán sonando sus frases en la brisa. Alguien recogerá tu maleta, hablando en un idioma que no comprendes, ofreciéndote su ayuda a cambio de algunas monedas. Redoblarán campanas en la distancia, cánticos y oraciones desde el corazón mismo de la vida recorrerán los callejones de esta nueva ciudad. Recordarás las caras de los amigos, de algunas chicas, de tu madre, del pequeño chaval que te enseñó todo lo que sabes... Acabarás recordando incluso tu futuro...

Al fin, sabrás que has alcanzado tu destino, y que has llegado a casa.

Pagarás al que intenta ayudarte, pero cogerás la maleta y darás tus primeros pasos, adentrándote en el final del viaje.